

Weichafe: El ideal del «guerrero bárbaro» frente a las armas de fuego

Cuadernos CANELA, 31, pp. 47-61

Recibido: 01-X-2020

Aceptado: 21-III-2021

Publicado, versión impresa: 29-V-2021

ISSN 1344-9109

Publicado, versión electrónica: 29-V-2021

ISSN 2189-9568

© Los autores 2021

canela.org.es

Juan Mendoza Pinto

Universidad de Concepción, Concepción, Chile

Angelo Castro González

Universidad de Concepción, Concepción, Chile

Resumen

El presente artículo tratará de analizar el impacto, utilización y masificación de las armas de fuego en la cultura mapuche de los siglos XVI y XVII, centrándose en su casta guerrera, los llamados *weichafes*. Esta élite brilló por su manejo de las armas y tuvo la oportunidad de enfrentarse cara a cara con la modernidad personificada en las armas a pólvora concebidas por Occidente, precisamente en el contexto de la Revolución Militar cuando los métodos europeos de hacer la guerra se extendieron y adoptaron alrededor del globo. Este estudio se realizará a través de la perspectiva que nos ofrece la historia militar y la investigación historiográfica, consistente en la revisión, clasificación y análisis de la documentación de la época y bibliografía especializada.

Palabras clave

weichafe, mapuche, Chile, revolución militar, armas de fuego

Introducción

En las siguientes líneas se analizará el contexto histórico tras el rechazo a las armas de fuego por parte de una cultura del territorio que hoy comprende Chile: la sociedad mapuche de los siglos XVI y XVII personificada en su casta guerrera, los *weichafes*. Pero ¿por qué centrarnos en este aspecto de la sociedad mapuche? ¿Acaso no se ha esgrimido que fueron los mapuches una de las pocas sociedades capaces de enfrentar al poderío hispano en las tierras americanas precisamente por su capacidad de adopción de los métodos y tácticas europeas de practicar la guerra? En este punto, la respuesta es simple, pues entre todos los elementos que la historiografía chilena se ha encargado de estudiar minuciosamente, ha existido un elemento constante en la mayoría de los casos: la deformación de la imagen histórica de su élite guerrera, especialmente la referente a la utilización de las armas de fuego y a las causas que impulsarían tal comportamiento, pues se ha esgrimido la tesis de que su «rechazo» se debió a los códigos morales que guiaban su vida, ya fuera de forma explícita o tácita. En este artículo se buscará establecer los factores que incidieron en la inclinación hacia las armas personales entre estos círculos guerreros.

Estableceremos como hipótesis que no solo fueron las virtudes militares de esta élite las causantes de la preferencia de las armas cuerpo a cuerpo por sobre la pólvora, sino que respondería también a circunstancias propias de la cultura mapuche, al desconocimiento

Correspondencia: Juan Mendoza Pinto. Departamento de Historia, Universidad de Concepción, Edmundo Larenas, N.º 240, Concepción, Chile.

Correo electrónico: jemendoza[arroba]udec.cl / angcastro[arroba]udec.cl

de la fabricación de la pólvora, la predominancia de la caballería por sobre la infantería, y la dependencia absoluta de los recursos tomados de su contraparte española a lo largo del conflicto. Para confirmar lo anterior, se rechazará la explicación monocausal, apoyándose más en la diversidad de factores que explicarían el fenómeno en cuestión. Tal análisis parte considerando a la sociedad mapuche, su conformación y diferencias respecto a otras sociedades nativo-americanas como antecedente que condicionaron su concepción y práctica de la guerra (desde la preparación militar hasta su armamento), para luego adentrarnos en su relación y choque con las armas de la modernidad y finalmente tratar el principio del individualismo (virtudes de un guerrero) en la guerra frente a lo colectivo (características de un soldado).

Todo esto se logró siguiendo el análisis historiográfico mediante la cual se han compilado y analizado diversos documentos de la época en cuestión. Los primeros de ellos, de índoles más literario y materializadas en la forma de poemas épicos como los de Alonso de Ercilla y Pedro de Oña, a lo que sumamos los escritos de misioneros como Diego de Rosales y Alonso de Ovalle, nos entregarán una visión ajena a la perspectiva militar y en la que se priorizan elementos tales como el valor y el amor a la libertad como características fundamentales de estos guerreros y la sociedad mapuche como tal. Aquella perspectiva idealizada fue contrastada con las principales crónicas de la conquista, elaboradas por quienes fueron partícipes de la misma y posterior Guerra de Arauco¹; misivas de gobernadores, autoridades y testigos que han dejado registro de la sociedad mapuche y su desempeño en la guerra.

Así, a través de un cotejo de fuentes con carácter militar, con un contraste con las de carácter más literario, y apoyados en bibliografía especializada (antropológica e histórica), reconstruiremos la imagen de estos guerreros y las razones por las cuales rechazaron las armas de la modernidad. Y es ahí precisamente donde recae el aporte académico del presente estudio, pues se aleja de las visiones que tradicionalmente ha manejado la historiografía chilena respecto a las relaciones hispano-mapuche. Por un lado, reproduciendo el discurso decimonónico del «araucano heroico», cargado de una retórica patriótica y nacionalista; y, por el otro, la mirada conmisericordiosa que ve al mapuche como sujeto que personifica las peores condiciones humanas. Lo que aquí planteamos es una visión más cercana a lo descrito por las fuentes, en las que se visibiliza al guerrero tanto en actitudes heroicas, cargadas de sentido ritual, así como en situaciones degradantes, derrotistas, propias de las personas y sociedades.

1. Los guerreros mapuche

Fue en el año 1463, setenta años antes de la llegada de las fuerzas españolas que Tupac Yupanqui comenzó a expandir las fronteras del Tahuantinsuyo hacia lo que hoy es Chile. Venciendo la poca resistencia que se le plantó en el norte, logró abrirse paso hasta el río Maule, lugar en el que fue detenido por la resistencia de los mapuche (gente de la tierra en mapudungun) (Villalobos, 1997). Si bien este intento de invasión preparó el terreno en los valles centrales para la próxima conquista hispana, también sería un antecedente para la férrea resistencia que los naturales de la zona del Biobío (territorio mapuche y escenario para la Guerra de Arauco) plantarían a los conquistadores.

Tampoco es que el primer intento de conquista española hubiera dado los resultados esperados. La expedición de Almagro, que partió desde el Perú en 1536, vio en los valles del Norte un agradable paraje, cosa contraria a lo que se vio en el Valle del Aconcagua.

Las comarcas centrales de Chile distaban de ser lo que el Inca Manco prometía: un país con escasas fuentes de oro, un clima que no les era para nada favorable y de una porfiada resistencia por parte de los «indios», como se veía en la Batalla de Reinohuelén (1536). La desilusión cundía en las filas y, a pesar del deseo de colonizar de Almagro, la hueste decidió regresar.

Aquel primer encuentro con la cultura mapuche no impediría que próximas expediciones se embarcasen en la empresa del territorio. De hecho, tan solo cuatro años más tarde que la de Almagro, partía la de Pedro de Valdivia, primer gobernador de Chile. A pesar de los dichos de quienes participaron en la fracasada empresa almagrista, hacia la mitad del siglo XVI los hispanos aún seguían en la cúspide, pues en breves periodos de tiempo habían ocupado los imperios de México y Perú; después de todo, el siglo XVI, además de Revolución Militar, también fue la del conquistador (Parker, 2010). Cuando en 1540 Valdivia marchaba desde el Perú, nada le hacía pensar que el asunto sería distinto. Ya en 1550 penetró en los territorios del Sur, fundando ciudades y fuertes, además de esperar la sumisión entera del territorio; no obstante, solo encontró la porfiada resistencia de sus habitantes, quienes parecían no caer en cuenta que habían sido «conquistados», dando lugar a una guerra casi interminable y a una mala fama que acompañó a Chile hasta prácticamente el siglo XIX.

Obviamente, esta reticencia se debió en gran parte a la porfiada resistencia de los habitantes de los valles del sur. En las crónicas del siglo XVI y XVII, son muchos los pasajes en los que se suele hablar de los araucanos (nombre colectivo dado a los mapuche), cuando no los llaman «indios» o «bárbaros». Sin embargo, las diferencias entre las culturas nativas de lo que hoy es Chile eran más que notorias. Y es que los naturales de las provincias al norte del Biobío habían recibido la influencia directa de los incas, recibiendo mejores técnicas de cultivo, la ganadería y el nada despreciable conocimiento de la metalurgia. Al respecto, Wachtel (1976) nos dice: «De tal modo, esas tribus habían modificado sus costumbres y hábitos de pensamiento; habían aprendido a soportar la dominación extranjera» (p. 303). Por otro lado, los «indios» al sur del gran río lograron escapar a aquella idea de sumisión.

Por ello, no es extraño que los españoles lograran afianzar su posición con tanta rapidez en la zona central, mientras que en el sur acumulaban tal historial de fracasos. Los hispanos se habían visto beneficiados de la previa existencia de complejos aparatos estatales que ya estaban estructurados; limitándose a la victoria militar para afianzar su dominación a partir del sistema preexistente. En cambio, los mapuche no disponían de una organización del calibre de las grandes civilizaciones mesoamericanas y andinas.

Entre ellos no existía una estructura estatal, sino que se componían de pequeños núcleos familiares, llamados *rehue* o *lov*. Tales núcleos familiares condicionaron la segregación de los distintos grupos, además de provocar subdivisiones en pequeños grupos independientes entre sí (Jara, 1971). Era el jefe del *rehue* quien se encargaba de dirigir la guerra en contra de otras tribus, pero en el caso de unirse dos o más grupos, se realizaba una elección de un jefe supremo que diera al conflicto una dirección común, este último era conocido como *toqui*. Esta elección se hacía por medio de cofradías o asociaciones guerreras de las distintas tribus, y comúnmente recaía en los hombros de algún guerrero de alta graduación. Fue por ello que el cargo de *toqui* no siempre recaía en los jefes que ejercían en tiempos de paz. Así, la autoridad de este último cesaba al momento de apagado el fragor de las armas (Encina, 1988-1989).

Aunque en cierta medida esto ayudó a la prolongación del conflicto, dado que los mapuche no hacían la guerra con un solo ejército como lo hacían los europeos, sino en etapas sucesivas y en puntos aislados muy distantes entre sí. De esta manera, en palabras de Edwards (1930), mientras «terminaban los combates en una zona de la Araucanía, [...] recomenzaban en otra» (p. 82). Tan exitosa llegó a ser su defensa que ciudades y fuertes fueron destruidas, ejércitos diezmados y dos gobernadores asesinados (Pedro de Valdivia en 1553 y Óñez de Loyola en 1598). España debió establecer una verdadera frontera fortificada y se vio obligado a dar la paz en el llamado Pacto de Quillín en 1641.

Los hispanos, al no ser capaces de entender como los indígenas, sin armas de fuego o siquiera tecnología de la forja en hierro pudieron resistirle con determinación, poco a poco fueron concibiendo la idea del guerrero mapuche como sujeto capaz de resistir las mayores adversidades, guiados únicamente por el valor y el apego a su tierra. La imagen extraordinaria del mapuche belicoso y guerrero por naturaleza ya estaba establecida. (Stuchlik, 1985).

Para esto último solo bastaba con ver las alusiones que los cronistas de la época y el mismo Pedro de Valdivia se hacía de ellos:

Con un tan grande alarido e ímpetu, que parecía hundirse la tierra y comenzaron a pelear con nosotros tan reciamente que ha treinta años que peleo con diversas naciones e gentes e nunca tal tesión he visto en el pelear como estos tuvieron contra nosotros (Valdivia, 1929, p. 135)

Otro en dejar testimonio en describir virtudes como el valor e ímpetu de los mapuche fue el jesuita Rosales allá por 1674:

Y los exploradores de la tierra de promision vinieron diziendo que avian encontrado con unos hombres, no de los comunes, sino esforzados, valientes [...] Y es sobre todo admiracion el ver que estos indios fuertes [...] ayan hecho tantos años tan valerosa oposicion a las ventaxojas armas españolas, peleando desnudos y armados solo con el esfuerzo que les da su altivo y valeroso animo (Rosales, 1877, pp. 108-109).

En las ceremonias de elección del *toqui*, nos dice Rosales, se hacían llamados a los guerreros a mostrarse bravos en el combate y sin miedo en sus corazones: «Leones valerosos, abalanzaos a la presa;alcones ligeros, despedazad a vuestros enemigos como elalcon al paxarito ¡Valientes soldados! tiemble la tierra de nosotros y hazed temblar el mundo!» (Rosales, 1877, p. 144). Otro en describir el valor de los mapuches fue el jesuita Alonso de Ovalle, cuando en 1646 sostenía que:

Los Indios de Chile a boca de todos los que los conocen, y han escrito de ellos, de los mas valerosos, y mas esforçados guerreros de aquel tan dilatado mundo; [...] que es cofa, maravillofa y digna de ponderacion, que habiendo el Español abafallado tan en breve imperios tan poderosos, como fueron los de Montezuma en Mexico, y del Inga en el Peru, nunca aya podido a caber de fugetar estos valientes guerreros de Chile. (Ovalle, 1646, pp. 82-83).

Aquella imagen que se formaron por primera vez los hispanos de los habitantes del sur de Chile, en parte, se vio incrementada por el simple hecho de que los mapuche no se perfeccionaban como guerreros mediante tratados militares o profundas filosofías, sino que lo hacían mediante la práctica constante de la guerra. Fuese valor propio de su naturaleza o simple exageración; una cosa es segura, y es que la imagen del mapuche valiente, capaz de darlo todo por su libertad ya estaba impresa en el imaginario colectivo. Tal como lo reflejaba Alonso de Ercilla en uno de sus versos más famosos:

Chile, fértil provincia y señalada/ en la región antártica famosa, /de remotas naciones respetada / por fuerte, principal y poderosa:/ la gente que produce es tan granada, / tan soberbia, gallarda y belicosa, /que no ha sido por rey jamás regida (Ercilla, 2001, p. 14).

Otra alusión similar es la realizada por Pedro de Oña en su obra *Arauco Domado*:

Cuando por las vitorias alcanzadas, /Arauco amenazaba al mismo cielo,/ Teniendo tan en poco lo del suelo / Para con el rigor de sus espadas; /Y cuando sobre picas levantadas, / ;Oh lúgubre espectáculo y señuelo! (Oña, 1917, p. 41).

Ambas muestras literarias que reflejan perfectamente aquella visión que los cronistas se hicieron de estas tierras y sus gentes. Milan Stuchlik (1985) ha sostenido que, si bien en las crónicas, cartas y documentos históricos de los comienzos de la Conquista también se describen detalladamente prácticas económicas, sociales, religiosas, etc. el único elemento que permeó la conciencia de los hispanos fue su habilidad guerrera y ansias por la libertad.

Una excepción a la regla fue *Desengaño y Reparación de la Guerra del Reino de Chile* del militar Alonso González de Nájera, quien procuró desbaratar la imagen que de los mapuche se tenía: «No son aquellos indios de tan robustos gestos o rostros, no de tan bien formada y dispuesta persona, que se aventajen en ello a nuestros españoles, como algunos han creído» (González de Nájera, 2015, pp. 210-216). Respecto a su valor y temeridad frente al caballo y las armas de fuego no era más halagador: «Tenían los indios en aquel tiempo tan poco valor que al estampido de un solo arcabuz se postraban sus escuadrones por el suelo, y tan poco ánimo» (González de Nájera, 2015, p. 302).

A pesar de las consideraciones de Nájera, la porfiada resistencia mapuche era un hecho, muy probablemente no por cualidades extraordinarias, ni mucho menos sobrehumanas, sino por cuestiones concernientes a su propia organización social y a las carestías y debilidades de sus adversarios (Bengoa, 2000). Y ello, como parte de lo afirmado por los cronistas, tenía su asidero en la realidad, pues, mientras otras culturas nativas del territorio que hoy comprende Chile dedicaban su atención a otras actividades ajenas a guerra, los mapuche se preparaban permanente para ella.

Ejercicios como la equitación, la esgrima, las artes marciales y la actividad física formaban parte de la vida de los aspirantes guerreros (Gay, 1852). Eran instruidos en la lucha, en las pruebas de fuerza, en correr, en saltar y en la arquería. Para ello se servían de juegos como lo eran el de la chueca o palín y de una estricta alimentación. Ello lo acompañaban con jornadas de frío, en que dejaban al crío a la intemperie para que se familiarizase con los obstáculos de la guerra. Estos ejercicios recibían el nombre de *kollullanllin*, que significa «hacerse hormiga», refiriéndose a la potencia física de este insecto capaz de llevar cargas superiores a su propio peso, cosa que los instaba a hacerse lo más fuerte y ligeros, llegando al punto de raparse todo vello de su cuerpo para tal cometido. Para lograr un nivel de especialización también debían apegarse a códigos morales, ya que este entrenamiento estaba regido por una estricta normativa de honor y de comportamiento en el campo de batalla, denominado *trepelaimidzuam*, que quiere decir «vigilarse a sí mismo» (Ramay y Loncón, 2016), es la autodisciplina de una vida recta, dedicada al entrenamiento físico, la purificación espiritual y la destreza mental.

Así, el mapuche no tenía más oficio que el de combatir, y lo hacía por voluntad propia, pues ni paga ni sueldo ni víveres recibían en la campaña, solamente la oportunidad de teñir con sangre sus armas. A su vez, el *weichafe* no formaba parte de un estrato social

más elevado dentro de la sociedad mapuche; de hecho, lo curioso es que frente a sus pares no había diferencia alguna. Obviamente se esperaba que se comportase de forma valiente y acorde a la imagen que representaba, prueba de ello fue el reproche que Fresia le da a su marido, el *toqui* Caupolicán, por dejarse capturar sin oponer resistencia y morir de forma honrosa (Ercilla, 2001).

Ahora bien, respecto a su armamento, los hispanos les adelantaban por mucho, pues estos muy tardíamente alcanzaron a conocer el hierro, y solamente después del contacto con los españoles, sus armas principales pasaron a ser las picas de alerce, largas y endurecidas al fuego de la hoguera, logrando imitar los cuadros de picas europeos en los denominados *namuntulinco* (ejército de pie) (Bonilla Bradanovic, 1988). También llevaban consigo lanzas de menor tamaño, saetas y hierbas ponzoñosas con las que impregnaban sus flechas. Por otro lado, había algunos que preferían el uso de la macana, las hachas de piedra y garrotes, siendo estas armas en las que más destacaban en la lucha cuerpo a cuerpo, pues dedicaban su vida a la utilización de un arma, con la que luchaban desde pequeños y con la cual esperaban morir combatiendo. Alonso de Ercilla es quien nos presenta el panorama que ello significaba: «Cada soldado un arma solamente / ha de aprender y en ella ejercitarse» (Ercilla 2001, p. 16). Esto estancó en gran medida la adopción de las armas de fuego, pues podía ser demasiado dificultoso que un guerrero experto en el uso de la macana se especializase en un instrumento que jamás había visto en su vida.

A ello se le sumaba el hecho que en la sociedad mapuche no existía un estrato específico dedicado a la confección de armas. Un símil podían ser los cautivos cristianos que pasaban a ser parte de su círculo social; no obstante, muchas veces solo eran utilizados como fuente de información y conocimiento, otras veces eran intercambiados por prisioneros o meramente ejecutados. Jerónimo de Quiroga, militar que serviría en Chile hasta 1690, recalcaría aquella labor de cada guerrero de fabricar su propio armamento: «Es de notar, que estos bárbaros, sin [...] más armas que una mala lanza hecha de manos de cada uno, hayan defendido su libertad y su tierra» (Quiroga 1979, p. 26).

En lo concerniente a su defensa corporal, al iniciar la conquista esta no era más que prendas de cuero curtido, capaces de frenar cortes de las armas de hierro, inclusive, según Rosales (1877), «tan fuerte que son a prueba de vala de arcabuz» (p. 119). Sin embargo, era común que vistieran con lo estrictamente necesario para no estar desnudos, enfrentándose a los españoles a torso descubierto o con los despojos de batallas pasadas. Con el encuentro con los hispanos muchos *weichafes* parecían verdaderos caballeros europeos. Núñez de Pineda y Bascuñán (1863) describió la entrada del *toqui* Lientur en la batalla de las Cangrejeras, de 1629: «Cuando al capitán Lientur [...] vi entrar armado desde los pies a la cabeza, sus armas aceradas en el pecho, la espada ancha desnuda y en la mano, un morrion y celada en la cabeza» (p. 23).

2. El guerrero frente a las armas de fuego

Dentro de la vida de los pueblos que habitan la faz de la tierra hay numerosos acontecimientos que pueden marcar su propia historia; no obstante, existe un fenómeno que transforma y cambia la vida cotidiana radicalmente, y este no es otro que la guerra. Pero la guerra no es un elemento que permanece estático, sino que se transforma, y con ella lo hacen sus medios. Hay períodos de la historia en que estos cambios fueron mucho más notorios por su radicalidad e impacto, siendo uno de ellos la Edad Moderna.

La introducción de la pólvora en Europa, en los siglos xv y xvi, significó una verdadera revolución respecto a la tecnología y táctica militar que imperaba en el medievo. La caballería era desplazada, mientras que la infantería se alzaba como portavoz de los nuevos métodos para hacer la guerra, unos que no precisaban soldados valientes, sino solo disciplinados. Las batallas pasaron a ser verdaderos campos de muerte que se extendían por kilómetros. Ningún aspecto de la sociedad se libró de la guerra. Pero mientras Europa experimentaba las consecuencias de la pólvora, el descubrimiento de nuevas tierras y la mayor expansión ultramar que la historia haya visto traerían consigo nuevos conflictos y ambiciones. América se mostró como el lugar predilecto de las nuevas oportunidades y extrañaba que la potencia de fuego haya desempeñado un papel fundamental.

Pero si las armas de fuego estuvieron presentes al inicio de la conquista de los grandes imperios americanos, para el caso mapuche debemos tener en cuenta que éstas prácticamente se caracterizaron por su ausencia, pues los peninsulares confiaron más en su caballería con lanza y espada que en el estruendo de la pólvora. Tampoco se podía hacer más, pues los medios no eran los adecuados; de hecho, la dependencia total de la Capitanía General de Chile hacia el Virreinato del Perú era evidente, solo bastaba con ver que hacia 1615, en Santiago, solamente se fabricaba una escueta cantidad de mechas para las bocas de fuego y nada más. Por esta misma razón la cantidad de arcabuces en las manos de los *weichafes* fue mínima, casi inexistente. Aunque ello no quiere decir que no faltasen intentos por apropiarse de aquellas extrañas armas de los europeos.

Debemos considerar que desde los primeros momentos en que se inicia la conquista del territorio por parte de Pedro de Valdivia (1540) las armas de fuego tendrían una importancia más bien limitada respecto a sus sucesores. En primera instancia, los conquistadores de Chile no contaron con artillería en los primeros días. De esta manera, la táctica principal adoptada por Valdivia, y que seguiría utilizando hasta su muerte, era la división del cuerpo principal de la hueste en cuadrillas de jinetes, quienes atacaban a sus enemigos por diversos flancos. Este sistema, en palabras de F. Casanueva, (2017) «permitió a los españoles multiplicar su corto número mediante el movimiento y velocidad que los caballos les permitían» (p. 52). Por ello no debe extrañarnos que en un primer momento las armas a pólvora tuviesen un rol más bien secundario. Incluso cuando llegaron a tener una participación más importante en batalla, como lo fue en la destrucción de la ciudad de Santiago en 1541, su número era ínfimo y, debido a la escasez de bastimentos, su utilización nula (Rosales, 1877).

El conquistador aprovechó al máximo el potencial de sus corceles, al punto que aquello nubló la visión a futuro, dejando de lado cualquier tipo de innovación y evolución de su armamento y composición de sus hombres. Fueron caballeros quienes dieron la victoria a los cristianos, pero también fueron caballeros los que presenciaron el ocaso de sus armas. Sucesos como los de Tucapel en 1553 y Marihueñu en 1554 —instancia en que los mapuche habían mostrado ya los primeros atisbos de adopción de las armas europeas— son la prueba de ello.

Sin embargo, el mayor caso de adopción en cuanto a los artilugios a pólvora se dio en la Batalla de Quiapo (1558), y aunque terminó con una derrota mapuche, su resultado marcaría un antes y después en el conflicto. En el bando español lideraba el Gobernador García Hurtado de Mendoza, joven imprudente y arrogante, pero instruido en el arte de la guerra. Gabriel de Toledo relató lo sucedido en el combate en un documento transcrito

por J. T. Medina (1901): «Este testigo iba en acompañamiento del dicho Don García é vió el fuerte donde estaban los indios y el artillería, arcabucería y armas que tenían» (p. 24).

Al final del encuentro, cuando los españoles revisaron los despojos del enemigo, no muy grata fue su sorpresa al encontrar una cantidad considerable de arcabuces y bastante munición. Además de las armas de fuego personales, hallaron cinco piezas de artillería de bronce capturadas en la anterior victoria sobre los españoles en la Batalla de Marihueñu. Si damos crédito a lo descrito por Jerónimo de Vivar, también se había hecho fuego con sus nuevas armas: «En la palizada [del fuerte] tengo dicho estaban dentro cuatro mil indios y tenían dos piezas de artillería y siete u ocho arcabuceros. Aunque lo dispararon, fue Dios servido que no hicieron daño» (Vivar, p. 214).

Pero aquellas piezas no constituían un mero trofeo, sino un claro intento de asimilación, pues el cacique Lemucaguin, al tanto de la efectividad de estos artilugios, dispuso los preparativos para armar e instruir a algunos de sus hombres. Armas no les faltaban, puesto que habían cogido muchas en los saqueos y las victorias pasadas, el único problema era la pólvora y la instrucción para sus guerreros. Envío yanacunas para que consiguiesen la pólvora de los hispanos mediante trueques, mientras se valían de los cautivos para la instrucción.

El experimento resultó tan exitoso, que muchos de estos nuevos tiradores podían igualar en destreza a los españoles, al punto que, en una misiva del cabildo de la Imperial se informaba que: «paresce cosa de admiración ver que estaban los indios que traian los arcabuces tan diestros en tirar con ellos, como si hobiera muchos años que los hubieran tratado» (Medina 1901, p. 303). Sin embargo, la victoria obtenida por Hurtado de Mendoza les arrebató cualquier posibilidad de continuar por esa vía. Pedro Mariño de Lobera, militar y cronista español que combatió en el Reino de Chile durante la Conquista, se mostraba un tanto aliviado sobre la imposibilidad de que los *weichafes* pudiesen utilizar los instrumentos a pólvora: «pues a saber aprovecharse deste instrumento, no hubiera hoy cristiano en todo Chile» (Mariño de Lobera 1970, p. 239).

A pesar del alivio del cronista, intentos posteriores no faltaron, prueba de ello fue el enorme ejército liderado por el cacique Colo-Colo, quien llegó a las puertas del fuerte Arauco en 1563 con una fuerza armada de «muchas lanzas de Castilla y arcabuces de los que habian ganado en los encuentros», ello en palabras del cronista Góngora y Marmolejo (1862, p. 108). A pesar de ello, la senda de las armas a pólvora, de ahí en adelante, pareció ser mucho más difusa.

Ahora, hemos visto que nunca existió un rechazo como tal hacia las armas de la modernidad, sino, muy al contrario, les atrajeron en exceso, ¿Entonces, por qué no seguir por tal vía? ¿Acaso sus virtudes militares les limitaban? Lo cierto es que las causas parecen recaer en hechos más mundanos. Si bien la derrota infligida por el gobernador García Hurtado de Mendoza echó por tierra el camino de la pólvora, también había otro factor más importante a considerar: el desconocimiento sobre el proceso de su fabricación. Los mapuche no aprendieron cómo fabricarla, puesto que los hispanos guardaron siempre el secreto, incluso si esto les conllevaba a la muerte. Además, gran cantidad de ella era necesaria para tener un cuerpo de tiradores más o menos apropiado, ello y un flujo constante de provisiones, cosa de que adolecían los naturales y los mismos españoles. Sin embargo, no faltaron ocasiones en que la pólvora estuviese a su alcance. Tal fue el caso del mestizo al que llamaban Prieto, quien se pasó al bando indígena y

logró reunir los materiales para su fabricación (Nájera, 2015). En una misiva del cabildo de la ciudad de la Imperial, se informaba que la pólvora para las bocas de fuego era obtenida desde los yanaconas que servían en Concepción (Inostroza Córdoba, 1992).

Como hemos dicho, la sociedad mapuche era compleja y altamente dividida. La división en *rehue* y *lov*, sumado al tema del liderazgo (que no era el mismo en tiempos de paz y de guerra), impedía una perpetuación de los esfuerzos militares propuestos por algunos *toquis*. Sin duda alguna, el no contar con un suministro continuo de pólvora y el no tener una sociedad que destinase todos sus recursos y ánimos para una guerra sostenida en el tiempo (i.e. la fabricación de armas, intercambio comercial, imposición de disciplina, etc.) limitaba casi en su totalidad la eficacia de las armas de fuego en las manos de los *weichafes*. Jamás en la sociedad mapuche existió una continuidad en el mandato, salvo en casos de extrema necesidad en que era preciso aunar los esfuerzos; sin embargo, ello era efímero, pues, terminada la campaña, muchos volvían a sus hogares satisfechos por la sangre derramada o por el simple botín obtenido.

Ejemplificador fue el caso del *toqui* Lautaro, quien, después de dar muerte a Pedro de Valdivia en 1553 instó a sus guerreros a proseguir la campaña. Muchos líderes y *weichafes* se negaron argumentando que no había necesidad de seguir la guerra. Lautaro, a pesar de introducir importantes reformas en las filas mapuche, solo siguió el conflicto con sus acompañantes más leales. Su cabeza terminaría en una estaca en la ciudad de Santiago.

Sin embargo, el *weichafe*, a pesar de no poder adoptar las armas de fuego, supo entender su funcionamiento, su empleo y la táctica que los españoles empleaban con ellas. El arcabuz, poco a poco, se les fue haciendo familiar y, con el pasar de los años, dejaría de ser ese misterioso instrumento que lanzaba fuego y humo por su boca. Ahora, claramente podían apreciar que el disparo iba directamente asociado con las cargas de pólvora y el uso de la mecha. Sin duda alguna, este conocimiento fue transmitido por los mestizos que desertaban de las filas españolas, además de los yanaconas que mantenían comunicación con los mapuche de guerra.

Lograron crear artilugios con los que se valían para hacer frente a los arcabuces, estaban aquellos que Alonso de Góngora (1862) describía: «Unos tablones tan anchos como un paves, y de grosor de cuatro dedos, y los que estas armas traían se ponían en el avanguardia, cerrados con esta pavesada para recibir el primer ímpetu de la arcabucería» (p. 77). Tal fue su conocimiento de los mecanismos de estos artilugios que, según lo narra Alonso González de Nájera (2015), muchos yanaconas robaban piezas de las llaves para negárselas a los hispanos: «me acaecía hallar algunas veces las manillas y llaves de los arcabuces y mosquetes en las escarcelas de los indios» (p. 442). También solían cargar contra los hispanos cuando caía un aguacero sobre sus cabezas, inutilizando por completo su pólvora.

No obstante, la verdadera pericia de sus hombres recayó en la fuerza y maniobrabilidad de sus jinetes, los mejores de las Indias Occidentales según variados cronistas², pues a partir del decenio de 1580 los mapuche comenzaron a familiarizarse con su uso, a hacerlos parte de sí. Lograron dominar el arte de su crianza a tal punto que llegaron a poseer un mayor número de monturas que los mismos hispanos. Esta situación se vio favorecida en parte por los «indios encomendados»; quienes, al estar en contacto con las bestias en sus labores diarias, aprendían todo lo necesario para su domesticación y cuidado (Dettleff Beros, 1988). Tan crecidas fueron sus huestes de jinetes que pasaron a

denominarse como *cahuelutulinco* (Ejército de Caballos).

Así lo demostrarían en 1598 en los campos de Curalaba, cuando los jinetes ligeros al mando de los caciques Pelantaru y Anganamón cargaron contra la posición española, consiguiendo la victoria y la cabeza del gobernador Óñez de Loyola, el segundo gobernador español en morir a manos de estos guerreros. En este último punto los mapuche supieron desarraigarse de la nostalgia del pasado y las viejas tácticas guerreras para hacer frente a las armas de la modernidad, no por nada Miguel de Olaverria informaba al Virrey del Perú el uso del caballo entre los indígenas para hacer frente a los arcabuces hispanos: «Y que tienen otra forma de hacer la guerra en un modo más dañoso, que es con trasnochadas y ligeras a caballo [...] reconociendo que el oponerse multitud de indios al rigor de arcabuces es su total perdición» (Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1960, p. 295).

A pesar de saber cómo adaptarse, ello tuvo poca utilidad en el futuro, ya que, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, especialmente tras las Paces de Quillín en 1641, tanto españoles como mapuche optaron por la vía de la convivencia pacífica y el comercio, ello a causa del desgaste hispano en tierras chilenas como europeas. Con posteridad, el aprender las tácticas europeas solo le servirían para contadas ocasiones, destacándose el gran alzamiento de 1655 y 1723 (Concha Monardes, 2016). En palabras de Jorge Pinto (2003), «el mundo indígena acorraló al europeo, obligándolo buscar una alianza que se tradujo en la convivencia pacífica que predomina desde mediados del siglo XVII» (p. 30). De tal modo que el deterioro de la belicosidad y su carencia de innovación militar también vino por las nuevas formas en que se relacionaban con su centenario enemigo, ya desgastado e imposibilitado a seguir una guerra de conquista. Y, por lo contrario que pudiera parecer, los acuerdos fueron duraderos y solo rompiéndose en las ocasiones en que los españoles faltasen a su palabra.

2.1. *Lo individual vs el conjunto*

Las armas de fuego habían marcado un punto de quiebre nunca visto hasta ese entonces, que tan solo sería superado por las armas de destrucción masiva que el siglo XX podía concebir. Según J. Lafaye el quiebre en Europa fue rotundo, aplicable también al mapuche:

El caballero [...] tenía un apego a su honor y una dignidad relacionada con las victorias de su valeroso brazo. Las armas de fuego matan, en una batalla, ciegamente y a larga distancia; el combatiente ya está convertido en anónima «carne de cañón», su vida depende del azar o del Destino. (Lafaye, 1999, p. 34)

La guerra en los tiempos modernos no requería un soldado solapado con la más brillante de las armaduras, que supiese los códigos de honor y se mostrara honorable en la batalla; sino que fuera capaz de marchar, levantar las picas y disparar cuando se le ordenase. La victoria ya no era tanto resultado del valor individual de los combatientes, sino de los avances técnicos y tácticos. Ya no importaba si el soldado era cobarde o de buena familia, solo que apretase el gatillo o que fuera simple y llana carne de cañón. El elemento individual de la guerra debía morir para dar paso a lo colectivo, a lo anónimo.

Ya no había espacio para aquellos que desearan sobresalir; sin embargo, los mapuche llevaron aquello del individualismo a un nivel más alto que muchas de las sociedades nativo americanas, pues, como decía el padre Rosales, el espíritu belicoso de estos

guerreros era una respuesta a su ánimo colérico, ardiente, arrogante, altivos, impacientes, mal sufridos, canos y presumidos de ser valientes. No era raro que, en pleno fragor de la batalla, cuando un *weichafe* daba muerte a un enemigo diera saltos alrededor del cadáver, vociferando su hazaña para que todos viesen el sangriento espectáculo, gritando *inche*, nombrándose y dándose a conocer ante todos. Así, ávidos de gloria, no les importaba gritar a todo pulmón *yo soy fulano* para que el enemigo viera que él no peleaba escondido, sino que lo hacía al descubierto. Esto se reflejaba en los mismos nombres que los caciques y *toquis* tomaban, pues una práctica común fue que tomaran el nombre de los valles que gobernaban y, cuando caían en combate, su nombre se seguiría escuchando, dado que sus hijos lo tomarían, y los hijos de sus hijos (Latcham, 1924). Aquellos nombres no solo reflejaban el lugar que gobernaban, sino también las cualidades de su portador (Barros Arana, 1999).

De ahí sus aprecio, también, por los trofeos conseguidos del enemigo (Guevara, 1929). Objetos con los cuales hacían ostentación en sus ceremonias y en batallas futuras, en las cuales se jactaban de haber arrebatado tal prenda de las manos muertas de un cristiano. Incluso no teniendo a disposición algún despojo de batallas pasadas, procuraban hacerse con pieles de animales que los representase y distinguiese en medio de la refriega: pumas, zorros, lobos marinos y plumas era lo habitual. Tal como ocurrió en un enfrentamiento con el joven gobernador Hurtado de Mendoza descrito por Mariño de Lobera (1970), muchos de los caciques se presentaron portando «cueros de lobos crudos pintados de diversos colores, como en los penachos de sus cabezas, que por más bizarra eran de colas de zorros» (pp. 200-201). Similar era lo que ocurría con la pintura facial roja y negra de los *pehuenches* y *huilliches*, lo que según el padre Sors (1921), los hacía fácilmente distinguibles.

El individualismo era parte esencial de estas figuras combativas, era algo que le instaba en luchar por la gloria y honor personal, a hacerse notar ante el enemigo, a ser rememorados durante años por sus hazañas; pero también era algo que les negaba la unidad, el luchar como conjunto, el mantener el orden por sobre todo lo demás, era algo que le impedía usar aquellas deshonrosas armas a pólvora. La centenaria práctica que ha definido a la humanidad era el vehículo por el cual el mapuche demostraba su valer como guerrero, pues era necesario que los demás atestiguaran aquello, que no fuese invisibilizado por el centenar de arcabuces disparando al unísono, sino que todos viesan su espada.

Esta visión se intensificó con el transcurso de la guerra. Ni los mapuche ni los españoles podían tener confianza y voluntad para respetar la paz, no cuando ya llevaban más de medio siglo en sangrientas contiendas, al menos hasta después de Quillín en 1641 cuando se acepta su soberanía sobre el territorio. Para los españoles, los mapuche eran casi bestias, «bárbaros», sin razón ni entendimiento, carentes de toda virtud. Mientras que, por su parte, para los mapuche, los españoles se habían convertido en *huincas* (invasores, extranjeros y ladrones). Y ello justificaba el oponer la más tenaz resistencia.

De ahí el significado de la guerra: un medio por el cual seguir conservando su autonomía y librarse de la sujeción de los extranjeros. A pesar de lo estereotipado, como nos lo dice Milan Stuchlik (1974), la palabra «libertad» es la que mejor resume el sentido que estos daban a una práctica como la guerra, aunque claro, ello también variaría dependiendo de los grupos dentro de la sociedad mapuche, pues muchos la siguieron llevando a cabo como un medio de subsistencia. De tal modo que en una lucha que muchas veces rozaba

los tintes épicos, para ello bastaba con ver *La Araucana* de Alonso de Ercilla y *Arauco Domado* de Pedro de Oña, había un extenso espacio para que las hazañas personales; después de todo, el prestigio militar y las hazañas de corte caballerescas fueron elementos apreciados tanto en los círculos mapuche como en la sociedad criolla española de los siglos XVI y XVII.

Con todo, vemos que los *weichafe* eran destacados guerreros, padeciendo los enormes trabajos de la guerra y enorgulleciéndose por aquello; sin embargo, si aplicamos los estándares occidentales, los que ya habían echado raíces en Europa, caemos en cuenta de que esto no les convertía en soldados. Los *weichafe* eran los perfectos guerreros, más no soldados.

3. Conclusiones

Por medio de estas páginas hemos visto cómo se desarrollaron las tácticas guerreras de los mapuche a lo largo de los primeros años de la Edad Moderna y la Revolución Militar de Occidente, desarrollo en el cual las armas de fuego estuvieron presentes, pero que repentinamente dejaron de marcar las pautas combativas en Arauco. Pero, ¿por qué, entonces, los mapuche se inclinaron más a la batalla utilizando métodos tradicionales?

Es innegable que elementos morales fueron determinantes al momento de decantarse por las armas tradicionales; sin embargo, no se puede hacer tabla rasa de elementos fuera de la órbita militar. Por un lado, tenemos elementos exógenos como lo eran las condiciones climáticas que impedían la utilización de armas de fuego, la dependencia de recursos del virreinato del Perú por parte de los conquistadores, y el desconocimiento del proceso de fabricación de la pólvora. Aquellas circunstancias incidieron en que se privilegiaran medios acordes a las condiciones materiales; en este caso, el desarrollo de la caballería y tácticas capaces de contrarrestar la pólvora. Igualmente, tenemos elementos endógenos como lo era su entrenamiento en un arma específica, la práctica del individualismo, la experiencia al enfrentar a adversarios más avanzados tecnológicamente y el sentido de pertenencia a su territorio. Todos aquellos factores pesaron en la inclinación de estos círculos guerreros.

Así, el *weichafe* proporciona un ejemplo de que las explicaciones tradicionales respecto a la historia militar de determinados pueblos pueden pasar por alto elementos de importancia para explicar ciertos fenómenos. Factores como el valor y el honor tuvieron peso en la elección de estos pueblos, solamente nos basta con ver la importancia que tenía la gloria personal, pero también es imposible negar que en un punto de su historia conocieron la pólvora, la utilizaron y aprendieron de ella; sin embargo, por circunstancias, como las descritas en el párrafo anterior, debieron inclinarse por otra vía.

Tampoco se puede atribuir el mantenimiento de la tradición militar a la ignorancia de los métodos europeos, pues llegaron a conocer la pólvora y la utilizaron; en cambio, si consideramos que dentro de Europa el régimen de la pólvora se extendió con lentitud, no debe sorprendernos que en Chile las mejoras en la guerra casi no hayan aplicado en lo absoluto. En suma, a pesar de tener un conocimiento de las armas de fuego, la Revolución Militar no les fue tan provechosa como sí lo fue con los Estados europeos.

Referencias bibliográficas

- Barros Arana, D. (1999). *Historia General de Chile*, Tomo I. Universitaria.
- Bengoa, J. (2000). *Historia del Pueblo Mapuche*. LOM.
- Bonilla Bradanovic, T. (1988). *La «Gran Guerra» Mapuche. 1541-1883*. Instituto Geográfico Militar.
- Casanueva Valencia, F. (2017). *Historia de un Ejército Colonial, El caso de Chile en los Siglos XVI y XVII*. Universidad de la Frontera.
- Concha Monardes, R. (2016). *El Reino de Chile. Realidades estratégicas, sistemas militares y ocupación del territorio (1520-1650)*. CESOC.
- Dettliff Beros, C. (1988). El Proceso de Aculturación en los primeros cien años del Chile hispánico. 1540-1640. *Memoria para optar al grado de Licenciado en Antropología*. Universidad de Concepción.
- Edwards, A. (1930). *Gentes de Antaño*. Universo.
- Encina, F. (1988-1989). *Historia de Chile*, Tomo I. Revista VEA Ltda.
- Ercilla, A. (2001). *La Araucana*. Pehuén.
- Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina. (1960). *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Segunda serie, Tomo IV*. Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina.
- Gay, C. (1852). *Historia Física y Política de Chile*. Tomo II. Museo de Historia Natural.
- Góngora y Marmolejo, A. (1862). *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*. Imprenta del Ferrocarril.
- González de Nájera, A. (2015). *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*. Universitaria.
- Guevara, T. (1929) *Historia de Chile*. Tomo I. Balcells.
- Inostroza Córdoba, I. (1992). Los Indios Penquistas y los Mitayos Araucanos, 1600-1620. *Revista de Historia*, 2, pp. 129-147.
- Jara, A. (1971). *Guerra y Sociedad en Chile*. Universitaria.
- Lafaye, J. (1999). *Sangrientas fiestas del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Latcham, E. (1924). *La Organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*. Imprenta Cervantes.
- Mariño de Lobera, P. (1970). *Crónica del Reino de Chile*. Universitaria.
- Medina, J. T. (1901) *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, Tomo XXVIII. Imprenta Elzeviriana.
- Núñez de Pineda y Bascañán, F. (1863). *Cautiverio Feliz*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- Oña, P. (1917). *Arauco Domado*. Universitaria.
- Ovalle, A. (1646). *Historica relación del Reyno de Chile*. Roma.
- Parker, G. (2010). *Historia de la Guerra*. AKAL.
- Pinto, J. (2003). *La Formación del Estado y la Nación y el Pueblo Mapuche*. Santiago: DIBAM.
- Quiroga, J. (1979). *Memoria de los sucesos de la Guerra de Chile*. Andrés Bello.
- Ramay, A. y Loncón, E. (2016). Construyendo valor cultural: Gimnasia Nacional (1914) de Manuel Manquilef y la Educación Intercultural en Chile. *Alpha*, 42, pp. 273-284.
- Rosales, D. (1877). *Historia general del Reino de Chile*, Tomo I. El Mercurio.
- Rosales, D. (1878). *Historia general del Reino de Chile*, Tomo II. El Mercurio.
- Sors, A. (1921). Historia del Reino de Chile situado en la América Meridional. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, XXXIX, 43, pp. 163-199.
- Stuchlik, M. (1974). *Rasgos de la Sociedad Mapuche Contemporánea*. Nueva Universidad.
- Stuchlik, M. (1985). Las políticas indígenas en Chile y las imágenes de los mapuches. *CUHSO*, 2, pp.159-194.

- Valdivia, P. (1929). *Cartas de Pedro de Valdivia*. Establecimiento Tipográfico de M. Carmona.
- Villalobos, S. (1997). *Para una meditación de la conquista*. Santiago: Universitaria.
- Vivar, J. (1996). *Cronica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile*. Universitaria.
- Wachtel, N. (1976). *Los Vencidos*. Alianza.

Notas

- ¹ La Guerra de Arauco fue un conflicto bélico que enfrentó a las fuerzas españolas de la capitania general de Chile contra los indígenas (principalmente mapuches al sur del Biobío). La mayor parte de las acciones militares, ocurrieron entre Concepción y la actual región de la Araucanía, teniendo como frontera natural el río Biobío. se extendió desde 1545 hasta 1772. Sin embargo, esta guerra se reanudó contra el Estado de Chile, acabando con la Ocupación de la Araucanía en 1881 por parte del Ejército de Chile.
- ² Al respecto, se pueden mencionar como fuente, los trabajos de Jerónimo de Quiroga, Memorias de los sucesos de la Guerra de Chile, Alonso González de Nájera, Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile

Perfil de los autores

Juan Eduardo Mendoza Pinto es Doctor en Estudios Americanos en la Universidad de Santiago, miembro de la Academia de Historia Militar de Chile y Profesor de Historia de América Contemporánea, Geopolítica y Relaciones Internacionales en la Universidad de Concepción. Es miembro de CANELA, desde el año 2018. Parte de este trabajo fue presentado en el Congreso CANELA en mayo 2019 en Shizuoka, Japón.

Ángelo Castro González es Licenciado en Historia por la Universidad de Concepción, y Magíster en Historia por la misma casa de estudios. Sus investigaciones se enmarcan en el estudio de la Guerra de Arauco, la Historia local y, actualmente, las relaciones internacionales e historia militar de América Latina en el siglo XX.

English Title

Weichafe: The Ideal of the "Barbarian Warrior" Against Firearms

Abstract

The following article will try to analyze the impact, use and massification of firearms in the mapuche culture of the 16th and 17th centuries focusing on their warrior caste called *weichafes*. This elite stood out for their weapons handling and for battling face-to-face the modernity personified in gunpowder weapons conceived by the West. These battles occurred in the context of the Military Revolution, when European methods of warfare were expanded and adopted globally. The analysis presented here will use a perspective of military history and historical methodology, based on the review, classification and analysis of historical documents and related bibliography.

Keywords

weichafe, mapuche, Chile, military revolution, firearms

タイトル

ヴァイチャフー火薬兵器に立ち向かった「未開の戦士」の理想像ー

要旨

本考察は、16世紀から17世紀にかけてのマプチェ文化における銃器の影響、使用、大量生産化について、「ヴァイチャフ」と呼ばれるエリート戦士に焦点を当てて分析したものである。このエリート集団は武器の扱いに優れており、ヨーロッパで考案された火薬兵器に象徴される近代性と正面から闘った。こうした戦いは、ヨーロッパの戦争方法が世界的に拡大・採用された軍事革命の中で起こったものである。従って、今回は文献分析にもとづき、軍事史の観点から考察を行っている。

キーワード

ヴァイチャフ、マプチェ、チリ、軍事革命、火薬兵器

